

# PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL MENSAJERO I

Construcción

**Eugenio Viejo**

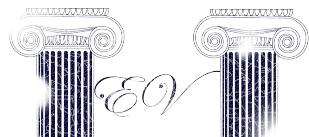


Eugenio Viejo

**PÉSIMOS TIEMPOS PARA  
EL MENSAJERO I  
Construcción**

Copyright: Eugenio Viejo García

Título original: *PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL MENSAJERO I Construcción*  
Eugenio Viejo, 2005-2016



## Índice de contenido

Cubierta

PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL MENSAJERO I Construcción

Construcción

Sobre el autor

«¿Quién habla de vencer? Basta con resistir.»

**RAINER MARIA RILKE**

«Estar privado de esperanza no es desesperar.»

**A. CAMUS, «*El mito de Sísifo*»**

## Construcción

Cuando nosotros llegamos al lugar, el primer lienzo de muro ya estaba allí, alzándose en la planicie desierta como una promesa. Nos organizamos en pequeñas unidades y comenzamos a levantar el segundo fragmento. Ya entonces entendimos que iba a ser tarea difícil y penosa, pero éramos jóvenes y llegábamos frescos. Nada nos arredraba.

El trabajo consistía en preparar la mezcla de cemento, piedrecilla, tierra y agua. Así se conseguía el hormigón, y una vez listo armábamos el encofrado y vertíamos la argamasa en su interior. A medida que el lienzo de muro ascendía, el andamiaje necesario para trabajar en él resultaba más frágil, pues siendo la parte provisional y perecedera del proyecto era la que menor atención y esfuerzo recibía. De ahí que también fuese la etapa del proceso que producía el mayor número de accidentes, casi siempre mortales.

Pero entender esa lógica nos llevó algún tiempo. Recuerdo que al principio no teníamos muy clara la relación de causa a efecto, por lo que el espectáculo de las primeras muertes nos deprimía como suele hacerlo aquello que no se entiende. Además, pronto empezaron a caer compañeros de nuestra expedición, lo que fue motivo de zozobra. Pero con el tiempo nos acostumbramos. Todo parece tolerable, al principio. Los accidentes, la desaparición de los caídos se atribuyen a errores subsanables.

En esa etapa de la obra teníamos una fe ilimitada en la capacidad de los programadores. Estábamos dispuestos a aceptar nuestra cuota de sacrificio para el triunfo del gran proyecto. Sobre todo, el día que terminamos la construcción del segundo lienzo. Resultó emocionante y gratificador, ver cómo se unían los dos fragmentos de muro, elevándose soberbios hacia el cielo. La tarea emprendida era por tanto realizable. Cuestión de tiempo, constancia y disciplina en la ejecución del trabajo encomendado a cada cual.

Abordamos la construcción del tercer lienzo del muro fortalecidos por la experiencia, y sin duda eso contribuyó a que su conclusión nos llevara menos tiempo. Ciento que al final nuestro número se había reducido un poco más, ya que el saber acumulado no bastaba para neutralizar los riesgos implícitos en todo proyecto destinado a durar. Pero las dudas que eso habría podido suscitar en nosotros se esfumaron con la contemplación de la sólida belleza de los tres fragmentos elevándose, bien apoyado cada uno en el otro.

Cuando acometimos los trabajos de cimentación del décimo cuarto lienzo, el número de los constructores llegados en nuestra expedición se había reducido mucho. A cambio, entre los que quedábamos reinaba ese sentido de hermandad que produce toda obra realizada en común durante largo tiempo, y las bajas, inevitables, nos dejaban un poso de fraternidad cada día más denso. De ahí que incluso los miembros mutilados y aun cadáveres enteros se sumaran a la perennidad de la obra emprendida, al ser utilizados para fortalecer el segmento de muro que se estaba construyendo o para cimentar el siguiente.

Y así, de lienzo en lienzo, fue adelantando el proyecto. Llegaron nuevas expediciones de constructores, y el pequeño contingente de la nuestra que aún sobrevivía nos fundimos con ellos. Nuestra experiencia resultaba vital. El muro progresaba sin cesar. Algunos teníamos el don de no figurar entre las bajas que exigía la obra, y con ello el privilegio de ver cómo la magna empresa se iba completando hasta abarcar los cuatro puntos de la cruz del espacio.

Mucho tiempo después de los entusiasmos iniciales, vi al fin terminado el lienzo que se unía al primero y cerraba el perímetro completo, pero precisamente ese día de culminación, descubrí que estaba solo, dentro del recinto que habíamos construido entre todos.

Por eso ahora hablo en singular.



EUGENIO VIEJO GARCÍA (Madrid, España, 1942). Nace en el barrio madrileño de Lavapiés en el seno de una familia obrera. A los trece años abandona la escuela para comenzar a trabajar, y durante los diez años siguientes ejercerá diversos oficios al tiempo que busca ampliar sus conocimientos de manera autodidacta, estudiando idiomas y frecuentando ambientes como el Ateneo y el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Cumplido el servicio militar emigra a Inglaterra, donde trabaja un año en un hospital próximo a Liverpool, regresando luego temporalmente a España para obtener la cartilla de navegación que le permite enrolarse en un pequeño buque mercante que navega por el Mediterráneo. Después se dirige a Rótterdam, donde es contratado como camarero de oficiales en un trasatlántico que hace la ruta Rótterdam - Nueva York.

En 1966 contrae matrimonio y junto con su esposa norteamericana emigra a Chile, donde hasta 1970 trabaja en una revista de divulgación científica en cuya creación participa, compaginando las labores periodísticas con la traducción de libros. De vuelta en Madrid, a finales de 1970 es contratado como traductor por la Agencia EFE, donde permanecerá los ocho años siguientes, compaginando su trabajo con los estudios de periodismo hasta licenciarse en la primera promoción salida de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. En esa época milita política y

sindicalmente, participando junto con otros periodistas en la publicación de la revista Gaceta de Derecho Social, creada por varios despachos de abogados laboralistas que asesoran al emergente movimiento obrero de oposición al régimen.

Después de la muerte de Franco, abandona la militancia política y sindical y, tras aprobar un concurso internacional convocado por la Organización de las Naciones Unidas, en 1977 es contratado como traductor y redactor de actas por la Secretaría de esa organización y viaja a Nueva York con su esposa y su hija, permaneciendo en dicha ciudad hasta 1987, cuando se traslada a la sede de la ONU en Ginebra para seguir desempeñando las mismas funciones. La naturaleza de su trabajo le lleva a viajar por África, América, Asia y Europa hasta que, en 1997, renuncia a su puesto en la organización mundial y vuelve a España con su familia, radicándose en Madrid y dedicándose desde entonces a la traducción y la escritura.